

FERNÁNDEZ-PRIETO, Lourenzo; PAN-MONTOJO, Juan y CABO, Miguel: *Agriculture in the Age of Fascism. Authoritarian Technocracy and Rural Modernization, 1922-1945*, Brepols Publisher, Turnhout, 2014. 261 pp.

Son muchas las revoluciones silenciosas que se están produciendo en el mundo académico y que, en un primer momento, sólo se aprecian si nos aproximamos mucho al campo específico que está experimentando esa transformación acelerada. En el caso de la historiografía española, la historia agraria ha superado la fase silenciosa para presentarse como una de las ramas más pujantes de la reflexión histórica actual y una de las más relacionada con la producción internacional. Una de sus manifestaciones más evidentes la constituyen los sucesivos Congresos promovidos por la Sociedad Española de Historia Agraria. El último de ellos se celebró en Lisboa con una asistencia multitudinaria y ya se anuncia el siguiente, que tendrá su sede en la Universidade de Santiago de Compostela en junio de 2018.

El departamento de Historia Contemporánea de dicha universidad y más en concreto, el Grupo de Investigación HISTAGRA (Historia Agraria e Política do Mundo Rural. Séculos XIX e XX), coordinado por Lourenzo Fernández Prieto es uno de los protagonistas más importantes de esta transformación y fue precisamente este colectivo el que organizó las jornadas «Fascism and agriculture» que dieron origen al libro que vamos a reseñar. El objetivo de las jornadas, y del libro, era, al mismo tiempo, simple y sugerente. Se trataba de analizar y comparar las acciones desarrolladas por regímenes políticos diferentes, pero que temporal e ideológicamente podemos englobar o calificar como fascistas, en los espacios agrarios durante el periodo de entreguerras del siglo XX.

De forma frecuente y no necesariamente de forma acertada se ha insistido en el carácter conservador del campesino, obviando el hecho de que las principales revoluciones triunfantes en el siglo XX lo han sido en países eminentemente agrarios como Rusia y China, que la victoria de la socialdemocracia en los países escandinavos fue consecuencia del «pacto» entre dicho movimiento y diversas organizaciones campesinas o que la fuerza del Partido Socialista Obrero Español en los años republicanos sería impensable sin la repercusión de la ugetista Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra y de las propias agrupaciones socialistas en el medio rural. Pero tampoco se ha reflexionado mucho sobre dos cuestiones elementales. Por una parte, sobre los mecanismos a través de los cuales una fracción del campesinado «tradicionalista», generalmente el propietario o el mediano arrendatario, decidió sumarse a unos proyectos políticos, los fascistas, que se presentaban como innovadores e incluso

como rupturistas. En segundo lugar, cómo afectó a la economía y a la población agraria la acción gubernamental de los regímenes fascistas o totalitarios. Ambos elementos y más precisamente el segundo, son los objetos de estudio de los nueve capítulos en los que se divide esta obra colectiva.

El libro se inicia con una visión de conjunto de la acción fascista en la Europa rural, firmado por Lourenzo Fernández Prieto, Juan Pan-Montojo y Miguel Cabo y, a continuación se desarrollan sendos capítulos dedicados a estudios de caso, ordenados cronológicamente, esto es, a medida que un régimen totalitario de derechas se imponía en un determinado país. Stefano Grandó y Gianluca Volpi se ocupan del caso italiano, Daniel Lanero del portugués, Zsuzsanna Varga del húngaro, Gesine Gerhard del alemán, Ernst Langthaler del austriaco, Alba Cabana y Alba Díaz-Geada del español, Tatsushi Fujihara de la Manchuria controlada por los japoneses y Édouard Lynch de la política agraria del gobierno de Vichy. No podemos por cuestiones de espacio realizar un análisis pormenorizado de cada uno de los capítulos, por lo que trataremos de sintetizar de forma conjunta algunas de las aportaciones de la obra que consideramos más importantes.

La vinculación entre el campesinado y los movimientos fascistas recibe una atención limitada a lo largo de los diferentes capítulos. En la mayor parte de los casos se parte de un momento en el que ya se ha impuesto el fascismo y, por lo tanto, no se estudia en detalle ni el modo, ni el grado de adhesión de los campesinos a dicho régimen. Son, tal vez, los estudios de Gesine Gerhard y el de Zsuzsanna Varga los que más se aproximan a esta cuestión cuando subrayan que el éxito fascista en el medio rural fue consecuencia de su capacidad para ofrecer una alternativa a los campesinos, diferente de la del capitalismo liberal o la del socialismo, sistemas ambos que consideraban al campesinado como un grupo social en vías de extinción. La propuesta fascista supuestamente permitiría contener las consecuencias negativas para el campesinado de las transformaciones que estaba experimentando la agricultura tradicional, orientada hasta entonces hacia la autosuficiencia económica y sociocultural y que se vio fuertemente erosionada por los efectos de la comercialización masiva, tanto en el propio marco europeo, como en el mundial. Unos efectos que la crisis económica de 1929 aceleraron. Un mensaje populista trufado en mayor o menor medida de nacionalismo, militarismo, estatismo, antiliberalismo, antibolchevismo, religiosidad cristiana y antisemitismo y que situaba a los pequeños campesinos como centro de la nación y de la raza nacional tuvo un importante eco en sectores campesinos que también ansiaban precios estables y mercados garantizados. Todos los estudios insisten en la importancia simbólica del agrarismo en la configuración de las respectivas ideologías fascistas y de los mecanismos de la propaganda movilizadora como métodos de atracción del campesinado.

Un segundo elemento está relacionado con los esfuerzos de las autoridades fascistas para elaborar y, sobre todo, implementar, una alternativa agraria propia en sus respectivos ámbitos o para buscar la colaboración entre diferentes re-

gímenes autoritarios. Un intento en buena medida contrarrestado por las necesidades de dichos estados y por la fuerza del impulso modernizador que se había apoderado de la agricultura europea desde finales del siglo XIX, creando una corriente cuya potencia era imposible de ignorar. Los diferentes gobiernos fascistas encauzaron dicho proceso a través de una superestructura administrativa que no consiguió, ni pretendió, grandes transformaciones en el reparto de la propiedad (Hungría puede ser la excepción), pese a su discurso ruralista, anti-urbano y corporativista. Si obtuvo, en cambio, apreciables aumentos, en mayor o menor medida, en el ámbito de la producción, a través de un estricto control y de decisiones que favorecieron una amplia utilización de la maquinaria agrícola y mejoras en los cultivos e infraestructuras. Con todo, y pese a la propaganda oficial que elevaba su status social, la vida del campesino medio no experimentó transformaciones o mejoras sustanciales y de hecho aumentó su subordinación respecto a la sociedad urbana y a los intereses de la industria.

Muchos de los estudios subrayan, por último, que la mayor parte de los países analizados se encontraron a partir de un momento dado en un contexto bélico que impidió grandes innovaciones, fuera de las reformas técnicas encaminadas a conseguir la autarquía y una mayor producción; que estos cambios estuvieron subordinados en todo momento a las demandas industriales, armamentísticas de forma destacada; a las necesidades de la población urbana, lo que se tradujo en un control de los precios y a los intereses de las propias autoridades fascistas, lo que derivó en un fuerte intervencionismo estatal.

La principal conclusión del libro se repite en muchos de los capítulos: la política agraria fascista no fue una fase anti-moderna del desarrollo agrícola, sino un elemento más que contribuyó a la profunda transformación que vivió el agro europeo a lo largo de los dos primeros tercios del siglo XX. En algunos casos la resistencia de los grandes terratenientes, uno de los grupos sociales que más apoyó al fascismo, o de las propias autoridades, interesadas en mitigar los conflictos agrarios, limitaron ese cambio, sin paralizarlo. Incluso los regímenes que consiguieron sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial, el español y el portugués, vieron cómo la clase social que supuestamente era la base de dichos sistemas, el campesinado y el modo de vida tradicional, iniciaban un acelerado proceso de extinción. Algo que también se produjo en la mayor parte de los países occidentales democráticos y algo más tarde en los denominados países del socialismo realmente existente.

La obra es, por ello, una buena muestra de los esfuerzos de la historiografía agraria para repensar el pasado y encontrar explicaciones más pausibles de fenómenos históricos que han sido despachados en demasiadas ocasiones de forma simplista y apresurada.

*Mikel Aizpuru*